

NOTA

HACIA ESCRITURAS PRÁCTICAS RESPETUOSAS DE LA DIVERSIDAD FONOLÓGICA Y PROPICIADORAS DEL FORTALECIMIENTO DE LOS IDIOMAS INDÍGENAS

Esteban Emilio Mosonyi
Universidad Central de Venezuela
e-emosonyi@hotmail.com

Hasta hace muy poco, era tarea imposible plantear siquiera la convivencia del español, o bien del inglés, francés, portugués en sus respectivas zonas de influencia, con los idiomas indígenas en buenos términos. La guerra a muerte se insinuaba independientemente de cuáles fuesen los planteamientos o las motivaciones subyacentes. Nadie parecía abogar por la supervivencia de las lenguas minorizadas, ni había un verdadero interés por la diversidad lingüística o cultural. Tanto los intelectuales en su mayoría, incluidos los lingüistas, como la opinión pública ilustrada junto con la población general de cada país, se orientaban más bien hacia una creciente unidad lingüística de la humanidad, especialmente los hablantes de las lenguas de uso mundial más extendido. Unos con triunfalismo imperialista, otros lamentándose de la mala suerte de las lenguas minoritarias, con ideologías de derecha o de izquierda, todos pronunciaban el mismo veredicto inapelable: los idiomas indígenas, cuando no decían simplemente “dialectos”, debían desaparecer y que iban a desaparecer inexorablemente (Mosonyi *et al.* 2003).

Tal sentencia se extendía automáticamente a todas las lenguas minoritarias y minorizadas, vistas como meros obstáculos para el desarrollo (Savater 2009). Si bien nadie osaría negar la pertinencia y necesidad de contar con un código lingüístico utilizable sin problemas a escala planetaria, antes del año 2000 sólo pocos se planteaban que dicha meta podría eventualmente alcanzarse aditivamente y sin traumas a través del empleo de un idioma internacional, bien sea natural como el inglés o artificialmente creado como el esperanto. El espacio no permite dedicar nuestro ensayo a esta importante reflexión. Sólo queremos insistir en la generalización, al

menos en aquel entonces, de una opinión minimalista, radicalmente sustractiva, según la cual la mayor parte, si no la casi totalidad, de las aproximadamente cinco mil lenguas actualmente habladas debían simplemente desaparecer o por lo menos ser retiradas del uso activo, para dar paso a una mayor homogeneidad (Bull 1964).

Los matices dentro de esta escala de ideas son infinitos, pero conducentes básicamente a un solo desenlace: favorecer al máximo un número reducido o tal vez un solo idioma de empleo cada vez más generalizado, entre los cuales es el inglés, por razones fácilmente explicables, el que goza de mayor preferencia. Tanto es así que ya se viene creando una matriz de opinión según la cual hasta hoy en día un buen dominio del idioma de Shakespeare y Walt Whitman es casi suficiente para abrirle las puertas del mundo a cualquier aspirante a ciudadano cosmopolita. Si esta postura se pretendiera sostener con fanatismo fundamentalista, aun las lenguas pluricontinentales como el español correrían peligro, ante la perspectiva de una feroz competencia en que obligatoriamente tendría que haber un solo ganador y muchos perdedores. Lo que nos importa enfatizar aquí es, no obstante, el inmenso peligro que en tal escenario correrían las lenguas de reducida base demográfica.

Con todo, también es cierto que el debilitamiento del poderío estadounidense y del mismo capitalismo extremo y neoliberal como tal no dejarán de influir, tal vez a mediano plazo, en la apreciación del idioma inglés como la gran “solución final”. Desde luego, hay otras razones adicionales para no caer en la “anglomanía”, tan característica de ciertas sociedades alóglotas como Holanda y Dinamarca, dicho con todo respeto por estos países. La adquisición multitudinaria del idioma inglés, aun en condiciones óptimas, se hace muy problemática por su dificultad intrínseca, principalmente en razón de su exuberante fonología, su ortografía complicadísima hasta para los nativos, una sintaxis atípica en sus patrones predominantes, junto con toda una serie de problemas adicionales de carácter léxico-semántico, pragmático y estilístico; para no mencionar la coexistencia de distintas variedades del inglés estándar. Tales óbices más bien intrínsecos al idioma se agravan por el hecho obvio de ser el idioma inglés portador de síntesis culturales muy *sui generis*, incluyendo el mensaje hoy tan cuestionado de la globalización neoliberal. Debo aclarar que me siento alejado de cualquier tentación talibán o extremista y sostengo la necesidad del aprendizaje del inglés como fundamental para la humanidad contemporánea. Pero nada de esto lo convierte en el idioma

universal y mucho menos apuntala la muy sesgada aspiración de que en algún momento histórico el inglés llegue a desplazar y remplazar nuestro inmenso acervo lingüístico acumulado desde los albores de la humanidad hasta el presente.

Todas estas reflexiones son importantes, pero lo que queremos esta vez poner de manifiesto es nuestra preocupación, compartida, con incremento exponencial, por actores sociales cada vez más variados, por la suerte futura de las cinco mil o más lenguas que sin duda alguna están corriendo un grave peligro. El número y el porcentaje exactos no son lo más importante ante el carácter perverso del fenómeno en sí, el cual se traduce en una posible pérdida más que cuantiosa del patrimonio histórico-cultural de la humanidad. El daño, además, sería múltiple. Se trataría nada menos que de la obliteración de las lenguas en sí como entes autónomos con su sistematicidad propia, de las culturas con las cuales éstas aparecen íntima y recíprocamente entrelazadas, más el inmenso número de creaciones culturales parcial o totalmente lingüísticas, tanto existentes como potenciales, a las que esa relación mutua le viene dando pábulo a través de los milenios. Como respuesta a una alerta convertida en alarma, ya hacia fines del siglo pasado fue surgiendo, al principio tímidamente, cierta defensa del pluralismo lingüístico, en el marco francamente revolucionario de la reivindicación de la diversidad biológica, social, cultural y por ende también lingüística (UNESCO 2001, 2006, 2008). Hubo, paradójicamente, la necesidad de atemorizarnos con las terribles estadísticas políticas, mediáticas y académicas de que a la vuelta de dos o tres siglos casi no existirían más idiomas que los pocos actualmente dominantes, a fin de asumir y tomar en serio la problemática de la supervivencia y, en lo posible, el fortalecimiento de las lenguas minoritarias, entre ellas las indígenas por ser las más desasistidas. En realidad, no es nuestra intención pasarle revista a la multitud de predicciones que caracterizan y hasta cuantifican el ritmo de desaparición de las lenguas del mundo, a la vez que en forma acertada o equivocada tratan de identificar las que corren mayor riesgo en diferentes partes del planeta. Sobre esto circula una información bastante abundante y los organismos internacionales, la UNESCO en primerísimo lugar, se esfuerzan en lograr síntesis informativas cada vez más precisas y convincentes. En este espacio nos interesa más bien identificar y analizar someramente la serie de etapas que de alguna manera resumen los momentos y modalidades en que se manifiesta el debilitamiento de un idioma, hasta llegar a una situación terminal e irreversible que finalmente provoca la extinción como hecho definitivo, un tanto similar a

la muerte de un paciente. Sobre ese proceso hay cierto acuerdo entre los expertos, ya que esta patología social de la *muerte lingüística*, conocida como *language death* en inglés, a raíz de la obra pionera del mismo nombre de la autoría de Nancy Dorian (1981), se ha podido observar una y otra vez en contextos muy variados, siendo las coincidencias mayores y más evidentes que las discrepancias.

Para ser breves, se suele dar primero la presencia cada vez más invasiva de una lengua dominante que va conquistando espacios de uso sobre todo institucional y macroeconómico, obligando prácticamente a las nuevas generaciones partícipes de una lengua y cultura minoritarias a volverse bilingües a través del proceso educativo y aun fuera de él. En tal configuración se da primero un bilingüismo incipiente, en el que la nueva lengua dominante apenas si comienza a despuntar; pero ésta va fortaleciéndose en forma acelerada hasta convertirse en primera lengua de las generaciones más jóvenes. El resto sería solamente cuestión de tiempo, puesto que aquellos hablantes bilingües que de hecho dominan mejor la lengua impuesta que la suya propia ya no tendrían la voluntad, la motivación y ni siquiera la competencia requerida para llevar adelante la transmisión generacional del idioma propio en proceso de desplazamiento. De allí vendría necesariamente primero la obsolescencia, el desuso y por último el olvido parcial, el cual no tendría más remedio que desembocar en el abandono definitivo identificable como muerte lingüística, la cual en casos extremos puede ocurrir a la vuelta de tres o cuatro generaciones. Aquí cabe la observación de que históricamente siempre ha habido pérdida de sistemas lingüísticos otrora en plena vigencia por una diversidad de razones que no creemos necesario recapitular. Pero debe recordarse que en la actualidad el problema es otro, vale decir, la pérdida masiva y aluvional de lenguas y variantes lingüísticas ante una globalización perversa y, según algunos, inexorable.

Esa esquematización de cómo se pierde una lengua no sólo es observable y observada en la experiencia diaria y directa por parte de expertos y de quienes no lo son, sino que responde a los imperativos del sentido común que hemos de poseer todos los mortales. Varían, por supuesto, los ritmos de desaparición, las condiciones locales y concomitancias histórico-culturales nunca son las mismas, los imperativos económicos o políticos hacia el cambio de código lingüístico son distintos en cada tiempo y lugar; mas también es cierto que a grandes rasgos la patología aquí enfocada tiende hacia su desenlace fatal atravesando las etapas mencionadas

con síntomas muy parecidos. Esto es justamente lo que conduce a la opinión pública hacia un fatalismo cerrado, un callejón sin salida que no parece dejar lugar para la esperanza, al menos en la gran mayoría de los casos. Afortunadamente, quienes así piensan, intuitiva o analíticamente, poco significa, pierden de vista los importantes factores de resistencia cultural y lingüística que han crecido en las últimas décadas en forma exponencial, totalmente imprevista incluso por los sectores más optimistas y más identificados con la diversidad y pleno derecho a la existencia de todas las lenguas del mundo. También esto último, tan esperanzador, tenemos que resumirlo de la manera más breve e impecable para su mejor uso argumentativo e incluso político, en el sentido de colocarse del lado de los defensores de las diversidades amenazadas, especialmente la lingüística. Comenzaremos nuestro recuento con los pueblos y comunidades indígenas.

Ya desde mediados del siglo pasado los pueblos indígenas del mundo comienzan a organizarse para acrecentar su capacidad de resistencia, que en sí no es nada nueva, ahora a niveles sociopolíticos nacionales e internacionales, para ocupar en la actualidad un lugar importantísimo en la agenda de las Naciones Unidas y sus congéneres. Casi todos los países del mundo han venido cambiando sus Constituciones para favorecer, en grado menor o mayor, a los pueblos indígenas en particular y la temática del pluralismo y la diversidad en general. Todo esto ocurre bajo la creciente presión pública y hasta mediática procedente por un lado de las comunidades y pueblos organizados y por el otro de los múltiples aliados espontáneos y reclutados para la causa. No sin cierto asomo de orgullo, un pequeño grupo de antropólogos críticos latinoamericanos predijimos claramente estos desarrollos desde un inicio, bajo un manto de incredulidad que nos agobiaba. Había otra dificultad adicional, porque los propios movimientos indígenas eran percibidos como elitescos y poco representativos, es decir, algo o bastante alejados de sus respectivas comunidades. Aunque en esto hay un granito de verdad, el mensaje diferencialista y el mismo ímpetu revitalizador también llegó a las bases, de tal suerte que ahora son muchas las comunidades que defienden tenazmente lo suyo, desde lo tangible hasta lo más intangible, desde la delimitación de sus tierras hasta la plena recuperación de sus culturas e idiomas (Thureau-Dangin 2007).

Sobran casos perfectamente documentados de pueblos y comunidades que vienen retomando con éxito, en cualquier rincón del mundo y Venezuela no es excepción, sistemas lingüísticos totalmente extintos a nivel de utilización práctica, enteramente olvidados hasta por los

ancianos y sólo presentes en documentos a veces recientes pero también muy antiguos, fragmentarios e imperfectos. Los casos emblemáticos que podemos citar son el de los chaima, pueblo caribe del nor-orienté venezolano, y de los ayamán cuyos descendientes, que ya no son hablantes pero aspiran volver a serlo, habitan en parte de la formación orográfica Lara-Falcón. Es de lógica elemental que si algunos pueblos virtualmente extintos insisten en retomar su historia pasada, otros que permanecen vivientes y culturalmente muy saludables en la actualidad tampoco estarán dispuestos a sacrificar ni un ápice de su legado histórico-cultural-identitario y, también, por añadidura, lingüístico y discursivo.

La retoma de las identidades y otros atributos por parte de los pueblos indígenas es sin duda un hecho grandioso, a la vez que imprevisto, que se da en la antesala de este nuevo milenio (Ministério da Cultura 2007). Mas no son exclusivamente los pueblos indígenas quienes actualizan y salvan de la extinción su legado lingüístico; en ese esfuerzo de alcance mundial entra igualmente una proporción más que significativa de la humanidad, un sinnúmero de comunidades, etnias y naciones, el nombre exacto es lo de menos para nuestro objetivo, cuya lengua no es reconocida, respetada ni mucho menos oficializada. Podríamos referirnos a numerosas iniciativas exitosas. Es bien conocido a escala mundial que la revitalización lingüística de mayor trascendencia fue la retoma integral y extensiva a todos los usos posibles del idioma hebreo, por el estado de Israel. Ese acontecimiento, que algunos califican de milagroso, abrió inmediatamente las compuertas para experiencias comparables en el resto del mundo, de dimensiones variables y trascendencia desigual, pero nunca carentes de importancia, especialmente para los portadores de cada lengua amenazada. Hay una literatura abundante sobre lo que se logró y lo que aún queda pendiente en Irlanda, País de Gales, en Nueva Zelanda con su lengua nativa maorí; el hawaiano, también de la familia polinesia al igual que el maorí, se viene recuperando muy bien a partir de su cuasi-extinción.

Nos atrevemos inclusive a generalizar la nueva situación afirmando que a estas alturas ya no existe casi ninguna comunidad terráquea con su lengua propia amenazada, donde no intervenga al menos un sector impactante de la población ocupándose de diversas maneras en su recuperación y hasta su relanzamiento. Por ejemplo, el pueblo gitano, por lo menos un número importante de sus intelectuales, está trabajando activamente en la estandarización de varios tipos de romaní, originalmente una lengua indoiraniana que durante siglos ha dado la vuelta al mundo— con resultados

esperanzadores aun cuando desiguales, según las características de los países con población étnica de ese origen y la forma como ellos se insertan en cada uno. Cerca de nosotros, en la ciudad de Girón, en las inmediaciones de Bucaramanga, Colombia, reside un importante movimiento del pueblo rom, es decir, romaní o gitano, quienes parecen representar una rama de los gitanos de Hungría trasplantados a América hace tal vez un centenar de años. Cuando yo los vi en sus carromatos hace ya bastante tiempo, en la ciudad fronteriza de Maicao, tuve la oportunidad de preguntarles algunas palabras y ellos respondían con fluidez. Nos hemos extendido un poco en este ejemplo para dar cuenta de la complejidad del tema y sus infinitas estribaciones.

En vez de continuar ejemplificando al azar, quiero concluir esta parte con la situación que hoy se presenta en España, la España post-franquista donde se recuperan las distintas nacionalidades antes invisibilizadas. El idioma catalán, a pesar de los problemas que confronta más que todo por la presencia multitudinaria de poblaciones alóglotas en todo su territorio histórico, ha adquirido un vigor indestructible e irreversible a través de su status político, su empleo institucional y la obligatoriedad de su conocimiento por todos los residentes en forma paralela con el castellano, junto a la admisión democrática e intercultural, sin que esta llegue a ser de índole oficial, de las lenguas habladas por los migrantes no hispánicos. El vasco también se ha fortalecido y ya nadie teme por su extinción, aunque en el propio Euskadi existe una mayoría poblacional cuya lengua materna es el castellano debido al retroceso secular del euskara, que sólo en los últimos decenios se ha logrado detener parcialmente. El idioma gallego siempre ha sido fuerte y de amplio uso en su territorio, aunque su estandarización se dificulta precisamente por su evidente proximidad al castellano y la gran cantidad de neologismos que ha tomado de este idioma: es relativamente fácil encontrar hablantes cuyo desempeño refleja una realidad intermedia entre una y otra lengua, pero últimamente se tiende hacia una mayor separación de los códigos y hasta hay quienes practican la relusitanización, es decir, su mayor acercamiento a su idioma gemelo, el portugués. Sea como fuere, hoy día se publican libros y artículos científicos de alto nivel en cada uno de estos idiomas.

Lo que acabamos de decir es válido, *grosso modo*, para las lenguas tradicionales de España diferenciadas del castellano. Pero hay algo mucho más sorprendente todavía. En estos últimos años viene ocurriendo el renacimiento inesperado de sistemas lingüísticos aparentemente reducidos

a pequeños remanentes dialectales, como lo evidencian los trabajos de actualización y reinserción del bable asturiano y del aragonés, ambos muy parecidos al castellano. Es bueno aclarar que para mantener vivas esas lenguas, nuevas y antiguas a la vez, no es estrictamente necesario que las asuman todos los asturianos y aragoneses. En rigor es suficiente la presencia activa de minorías entusiastas que las practiquen, promuevan y transmitan a las próximas generaciones. Recuérdese que algo semejante sucede, a escala mundial, con el idioma internacional Esperanto, que si bien no está cumpliendo “por ahora” el rol de idioma auxiliar neutral, como fue propuesto por su creador Ludovico Zamenhof, ha logrado perpetuarse en numerosos países a través de sus organizaciones, continúa celebrando sus congresos regionales, nacionales y mundiales, dispone de un acervo literario de altísima calidad y en este momento histórico resulta inimaginable pensar en su desaparición como lengua escrita y hablada.

Hechas todas estas consideraciones, aún sería muy prematuro afirmar que la nefasta tendencia a la desaparición multitudinaria de los idiomas se viene revirtiendo, mas lo cierto es que la gran mayoría de ellos sigue resistiendo, sus defensores se agrupan, se organizan y vienen anotando éxitos al menos parciales. El propio Internet, los medios de comunicación y otros mecanismos forjados en la mundialización coadyuvan en esa tarea. Esta constatación es extensiva tanto a los pueblos afectados como a nosotros los aliados, orgullosos de contribuir a tan noble causa, dado el inmenso valor por un lado intrínseco mas también histórico-cultural de absolutamente todas las lenguas del mundo, incluyendo sin ambages las demográficamente muy pequeñas y aquellas en peligro de extinción. Entre nosotros en Venezuela, efectivamente, la propia Constitución, junto con la legislación subsiguiente, ha contribuido directa e indirectamente a la recuperación de nuestras culturas e idiomas indígenas. Pero vamos a concentrarnos en la temática de la escritura, que nos ocupa de manera muy especial.

Hace unos años visité en Pátzcuaro, México, un centro de formación de etnolingüistas de procedencia indígena, quienes se preparaban justamente para reivindicar y divulgar sus propios idiomas, algunos de ellos tonales y de máxima dificultad, especialmente en lo fonológico. En principio, una iniciativa como ésta sólo me despierta el mayor de los elogios. No obstante, es necesario a veces poner énfasis en las dificultades para poder vencerlas. Tenía delante de mí un hermoso panorama de lenguas mesoamericanas como el maya, el totonaco, el otomí, el zapoteco, el mixteco y varios otros,

pero al mirar y examinar los libros de texto y otras publicaciones que se estaban elaborando me sentí algo desilusionado. Los análisis fonológicos estaban incipientes e inconclusos, los tonos no eran indicados, los fonemas que no entraban en el sistema del español casi no se señalaban como tales. Ante dicha situación, yo no podía hacer el menor intento de imaginarme los sistemas sonoros de estos idiomas y mucho menos tratar de reproducirlos. Si me hubiese tocado aprenderme alguno de ellos, todas estas publicaciones hechas con tanta dedicación y cariño poco me podían ayudar: habría tenido que depender de la asistencia directa del hablante nativo, el colaborador mal denominado “informante”, como en los tiempos heroicos de la lingüística.

Tanto los cursantes como los profesores, al darse cuenta de mi preocupación, se apresuraron en ofrecerme ciertas justificaciones a medias, aparte de la falta de tiempo y recursos para profundizar en las investigaciones respectivas, decían que los maestros y profesores, los niños de escuela y otros miembros de cada comunidad, ya sabían su idioma y que podían leerlo aun en versiones telegráficas, al igual que el hispanohablante descifra cualquier tipo de texto escrito en su idioma; además de que existen escrituras como la del árabe que no indican las vocales cortas o la del inglés que no es nada fonémica. No dudaban, en consecuencia, que estos materiales elaborados en Pátzcuaro servirían el día de mañana para la educación bilingüe y otras finalidades reivindicativas.

En Venezuela sobran ejemplos análogos de escrituras prácticas “incompletas”, por decir lo menos. Pero antes vamos a aclarar algunas interrogantes básicas. Lamentándolo mucho, unos idiomas indígenas nuestros cuasi-extintos como el baré, el mapoyo, el añú y otros como el baniva y el warekena, de poco uso entre la juventud, jamás podrían reinsertarse, según desean las comunidades y los aliados, si no es mediante una escritura fonológicamente esmerada, que garantice su adquisición correcta y certera por parte de semi-hablantes y nuevos hablantes, incluyendo algunos “extranjeros” interesados. Quiero expresarme de manera directa y categórica. Si nuestra tarea es afianzar y revitalizar lenguas, debemos comenzar por proporcionar una buena base fonológica. En lugar de argumentaciones teóricas veamos tan sólo lo que sufren los chaima descifrando materiales del siglo XVIII, cuando obviamente los misioneros no utilizaban transcripciones precisas, ni tenían cómo hacerlo. Por esto insisto en la necesidad impostergable e ineludible de equipar nuestros idiomas indígenas con alfabetos y ortografías lo más idóneas posibles, vale decir, en las que no se sacrifique en lo mínimo la precisión fonológica en

aras de la sencillez o del parecido con la normativa hispánica; sin que ello signifique idear deliberadamente transcripciones rebuscadas y difíciles de aprender. Entiéndase que al insistir en lo fonológico, me estoy refiriendo a todos los fonemas frecuentes y no frecuentes, y a veces hasta a los alófonos más complicados.

Ejemplificar sería fácil, pero tenemos poco espacio. Hemos visto propuestas que en el mejor estilo telegráfico suprimen las vocales largas o la oclusiva glotal acertadamente llamada “saltillo”, en la esperanza de que todos o la mayoría de los hablantes las reconstruirán sin mayor problema (Renault-Lescure *et al.* 1987). El Padre Capuchino Cesáreo de Armellada, estudioso comprometido y de grata recordación, redujo drásticamente el sistema vocálico del idioma caribe pemón a las dimensiones de las cinco vocales del castellano (Gutiérrez 2001). Es decir, aparte de eliminar las vocales largas, también suprime las centrales media y alta, perfectamente fonémicas en pemón y muchas lenguas caribe, con la excusa de tratarse, según su criterio, de simples desviaciones ocasionales a partir de un patrón articulatorio considerado como normal. Con todas las críticas que se merecen particularmente por sus procedimientos de evangelización compulsiva, los misioneros protestantes de las Nuevas Tribus, discípulos del *Summer Institute of Linguistics* (Instituto Lingüístico de Verano), han diseñado a veces escrituras bastante precisas, aunque con pautas hispanizantes como por ejemplo utilizar la “c” y la “q” para representar la /k/ o la “u” para representar la /w/. Tal práctica, afortunadamente, está siendo superada en la actualidad.

Sé que éste es un tema delicado y tengo la experiencia de que tanto los indígenas como los mismos investigadores toman a veces un cariño inusitado a sus transcripciones, endureciendo tal vez las premisas que las sustentan. Es obvio que se debe proceder con muchísima moderación. Por ejemplo, cuando existen varias ortografías concurrentes es preferible que cada persona escriba a su gusto, ante la perspectiva de que el idioma se deje de escribir sólo por el desacuerdo entre sus usuarios. También me parece un procedimiento inadecuado, aunque se haga de muy buena fe, el que surjan repentinamente iniciativas por parte de investigadores, educadores o cualquier otro actor social, en el sentido de instalar reuniones específicamente para diseñar un alfabeto totalmente nuevo, sin tomar en cuenta para nada las propuestas anteriores, sobre todo si éstas ya poseen cierta literatura. Ya muy pocos idiomas permanecen en el grado cero de la escritura. Por el contrario, deberán re-examinarse los antecedentes para lograr cierta continuidad en

los esfuerzos, y tampoco ha de descartarse la posibilidad de llegar algún día a una propuesta más o menos unificada para todos los idiomas indígenas de Venezuela, como parece ocurrir con el alfabeto panafricano. Pero no hay que apresurar el paso.

Con todo, el perpetuo avance de nuestra lingüística indígena va desembocando, sin lugar a dudas, en soluciones fonémicas incluso elegantes, aunque haya todavía algunas discrepancias que resolver. Permítaseme ser concreto. Por ejemplo, en el añú, aun reconociendo que la [ø] y la [y] son fonemas raros y en franco retroceso hace tiempo, yo personalmente los mantendría transcribiéndolos como /ë/ e /i/; porque siendo la diversidad lingüística nuestro norte, una de las especificidades del añú entre casi todas las lenguas amerindias es contener tales fonemas en su repertorio. Si el nuevo hablante tarda en reproducirlos, ese es un problema didáctico que tiene que enfrentarse con la mayor paciencia; pero yo no lo privaría de la posibilidad de integrar esas unidades al aprendizaje cabal de su lengua ancestral. En cuanto al e'ñapá o e'ñepá, tradicionalmente llamado panare, yo indicaría gráficamente el acento de intensidad cuando éste no recae en la última sílaba, como es lo canónico. Los hablantes actuales acentúan correctamente sus palabras, pero ya se han conseguido algunos niños y jóvenes que no dominan su idioma y, aunque ese no fuera el caso, resulta conveniente representar cada fonología autónoma con las particularidades segmentales y suprasegmentales que la caracterizan. Es bueno recordar aquí que de algún modo todos enfrentamos la tentación de buscar soluciones “económicas” en el sentido martiniano, y lo digo con el mayor respeto por dicho autor y su tesis de la economía del lenguaje, dentro de la cual encontramos múltiples aciertos si no caemos en dogmas y excesos.

Tampoco estaría muy de acuerdo, por razones similares, en eliminar la nasalización gráfica de algunas vocales del yanomami cuya pronunciación nasal no sea fácilmente predecible a partir de las reglas fonológicas que el usuario, nativo o extraño, debe conocer y practicar, aun cuando en algunos casos su status fonémico no esté totalmente claro. En el pumé o yaruro persisten también problemas relativos a la nasalidad no resueltos definitivamente, mas según mis últimas indagaciones los hablantes nativos prefieren indicarla gráficamente en caso de duda: en cuanto a su consistencia fonológica, no fonética. Con todo, podemos afirmar con bastante satisfacción que en materia de transcripción práctica nuestro país está entre los más avanzados del Continente (Monte Ávila Editores 2005).

Últimamente el uso intensivo de grabaciones y de la fonética experimental también han sido de gran ayuda. Las propias comunidades indígenas se han dado a la tarea de reunir numerosas grabaciones de diferente tipo y todo un arsenal de productos audiovisuales y digitales, no sólo en aras de la Educación Intercultural Bilingüe sino en atención a los diversos aspectos que contempla una eficiente revitalización y planificación lingüísticas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bull, William. 1964. The use of vernacular languages in fundamental education. *Language in culture and society: A reader in linguistics and anthropology*. New York: Harper and Row, Publishers. 527-533.
- Dorian, Nancy. 1981. *Language death. The life cycle of a Scottish Gaelic dialect*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Gutiérrez S., Mariano (Mons). 2001. *Gramática didáctica de la lengua pemón*. Caracas: Vicariato Apostólico del Caroní-Universidad Católica Andrés Bello.
- Ministério da Cultura. 2007. *Prêmio Culturas Indígenas*. São Paulo, Brasil: Ministério da Cultura-Governo Federal-Câmara Brasileira do Livro-Edições SESCSP.
- Monte Ávila Editores. 2005. *Wãwãpü, Tjädä. La abuela de las garzas*. Colección Warairarepano. Edición Bilingüe. Caracas.
- Mosonyi, Esteban Emilio; Arelis Barbella y Silvana Caula. 2003. *Situación de las Lenguas Indígenas en Venezuela*. Caracas: Casa Nacional de Las Letras Andrés Bello-IPC.
- Renault-Lescure, Odile; François Grenand y Eric Navet. *Contes amérindiens de Guyane*. Paris: Conseil International de la Langue Française.
- Savater, Fernando. 2009. Lamento por Babel. *El Nacional*. Domingo 31 de mayo de 2009. Pág. 6.
- Thureau-Dangin, Phillippe (dir.). 2007. *Courrier International*, Jun-Jul. 2007. Paris.
- UNESCO. 2001. *Declaración Universal sobre Diversidad Cultural*. 31ª Sesión de la Conferencia General de la UNESCO. 2 de noviembre de 2001.
- UNESCO. 2006. *Declaración Universal de Derechos de los Pueblos Indígenas*. Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. 29 de junio de 2006.
- UNESCO. 2008. *Año Internacional de los Idiomas*. Asamblea General de las Naciones Unidas.